

La “hipótesis Sapir-Whorf” y la relación entre pensamiento y lenguaje

“Sapir-Whorf hypothesis” and the relation between thought and language

LUIS FERNANDO LARA
El Colegio de México
Miembro de El Colegio Nacional
lara@colmex.mx

En su número de febrero de 2019 *Letras libres* publica una entrevista del cineasta Jay Shapiro al psicólogo de la Universidad de Harvard Steven Pinker y al lingüista y estudioso de la literatura inglesa John McWhorter, titulada “El lenguaje no determina el pensamiento”. Si bien la entrevista también toca el papel de Noam Chomsky en la lingüística contemporánea y su importancia en la discusión política estadounidense, junto con la lucha de ambos entrevistados contra la mojigatería de varios grupos militantes de la “corrección política”, no me referiré a estos dos temas, sino al que dio lugar al título y la parte inicial de la entrevista que requieren varias explicaciones y precisiones.

Estrictamente hablando, no fueron el famoso lingüista de Yale Edward Sapir –nacido en Pomerania, Alemania– ni el controvertido ingeniero químico y lingüista Benjamin Lee Whorf los primeros en exponer la idea de que las características de cada lengua determinan el modo en que sus hablantes manifiestan su experiencia de la vida, su experiencia del mundo real. Fue Wilhelm von Humboldt, hermano mayor de nuestro Alexander, quien, en su libro *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss über die geistige Entwicklung des Menschen Geschlechts* (Sobre la diversidad de las lenguas humanas y su influencia sobre el desarrollo del espíritu humano), propuso que cada lengua manifiesta la experiencia de los seres humanos de manera diferente.

Las explicaciones de los dos entrevistados son asombrosas por equivocadas: McWhorter, por ejemplo, afirma que “todas las lenguas son más complejas de lo que necesitan. Es algo que puede ser muy difícil de entender. Las distinciones entre él y ella en ruso, o

Fecha de recepción: 9 de agosto de 2019
Fecha de aceptación: 5 de septiembre de 2019

en inglés, no son necesarias para la lengua”. Notables afirmaciones para provenir de un lingüista: que las lenguas puedan ser más complejas de lo que necesitan. ¿Qué sería imprescindible y qué superfluo en una lengua? ¿Con qué criterios serios y bien informados se puede afirmar tal cosa? Pongamos un ejemplo: el español mexicano tiene veintiún fonemas; el castellano, veintidós. El inglés tiene treinta y dos (hay ligeras diferencias según el dialecto). ¿Quiere esto decir que el inglés tiene más fonemas de los que necesita, si lo comparamos con el español; o, peor, que el español es pobre e insuficiente en comparación con el inglés? En español distinguimos entre *borde*, *borda* y *bordo*; en francés hay *borde* para significar las tres cosas: ¿es una complejidad innecesaria del español? La afirmación de McWhorter no tiene sentido. Más adelante agrega McWhorter que la diferencia de géneros en inglés o en ruso (podemos agregar el español y muchas otras lenguas) es “loca”, por atribuir a la luna el género femenino, pero no a los barcos, afirmación que le permite concluir que “no hay nada cultural en las lenguas”, pues sólo se trata de “accidentes”. ¿En qué consistirían esos “accidentes”? La diferencia de géneros (no de sexos) en español proviene de una simplificación en la evolución del latín que tenía tres géneros: *ille* (masculino), *illa* (femenino), *illud* (neutro), producida en el habla popular en el largo período de desaparición del imperio romano. Los géneros suelen ser en su origen clasificadores de objetos y no clasificadores de sexos (es decir, no son locuras o meros accidentes); fue la gran diferencia entre el latín popular y el latín culto lo que precipitó la evolución hacia la distinción de sólo dos géneros: un hecho histórico entramado en la compleja evolución del latín al castellano. Es verdad que, dada la distinción, es fácil –como lo demuestran ahora los impulsores del “lenguaje inclusivo”– relacionar esos géneros con el sexo, pero basta comparar *la* licuadora, *la* computadora, *el* computador, *el* coche, *la* mano, *el* brazo para darnos cuenta de que los géneros sólo clasifican, no atribuyen sexualidad a esos objetos. En alemán, en donde hay tres géneros, *das Mädchen* (la señorita) es neutro, en tanto que *die Frau* (la señora, la mujer) es femenino; *die Sonne* (el Sol) es femenino y *der Mond* (la Luna) es masculino. La historia real de las lenguas es muy compleja y primero hay que estudiarla bien, antes de ponerse a afirmar que son de una complejidad innecesaria y meramente accidental.

McWhorter continúa:

la lengua guugu yimithirr, en Australia. Es una lengua fascinante por muchas razones. Una de ellas es que no puedes decir ‘delante de’ o ‘detrás de’. Para sus hablantes las cosas están o bien al norte o al sur de ti. No sé ahora mismo en qué ubicación estamos, pero supongamos que delante de mí está el norte y detrás el sur. Si me doy la vuelta, seguiría diciendo que el norte está en el mismo sitio. No puedes decir ‘detrás’.

McWhorter habría tenido que preguntarse, más bien, si los signos de esta lengua para manifestar “delante” y “detrás” no serán anteriores a la manifestación de los puntos cardinales. Sería rara una lengua que, tratándose de signos déicticos, como lo son “delante”, “detrás” y los puntos cardinales, en su historia hubiera pasado antes por una denominación fija de puntos cardinales y, además, del norte y no, como ha sucedido

con muchos pueblos de la Tierra, del oriente y el occidente, reconocibles por el trayecto aparente del Sol. En muchísimas lenguas (no puedo afirmar que en todas, pues no las conozco) las distinciones arriba / abajo y delante / detrás se hacen tomando como eje el cuerpo humano; es decir, hay un esquema perceptual antropomórfico en la base de los déicticos: la oposición arriba / abajo no tiene como causa primera la gravedad, como quieren sostener Pinker y McWhorter, sino la posición de los ojos en el cuerpo erguido del *Homo sapiens*; la oposición delante / detrás, igualmente: "lo que hay frente a los ojos y lo que no se puede ver". La localización de los puntos cardinales es posterior, pues depende de la observación, ya sea de las estrellas (las Pléyades, generalmente ligadas a los ciclos agrícolas), de la órbita aparente del Sol, de la procedencia de los vientos dominantes, a los cuales *la cultura* llega a atribuir otros sentidos, como sucede en la relación china entre puntos cardinales y colores, o en la mesoamericana, en la que al este se atribuye la fertilidad, al norte la muerte, etcétera, además de ciertos colores, como lo explica Alfredo López Austin en su excelente número especial de *Arqueología mexicana*, dedicado a la *Cosmogonía y geometría cósmica en Mesoamérica*.

Pero McWhorter insiste:

Hay gente brillante que dice que eso significa que el lenguaje está determinando cómo procesas el mundo: para ellos, este lenguaje, como es norte/sur y este/oeste, condiciona tu visión del mundo. Es al revés, son la cultura [¡ojo!] y la topografía las que determinan tu visión y construyen el lenguaje. El lenguaje no puede hacer eso que dicen. Hay lenguas que se hablan en regiones llanas, de modo que hay una razón por la que hablas de delante y detrás: no hay árboles, tienes que hablar de norte y sur. Cuando llevas a esta gente a la ciudad, dejan de hacer eso. Lo interesante es cómo la topografía puede influir una lengua, y no cómo tu lengua determina tu pensamiento.

La explicación es un galimatías: McWhorter –y más adelante también Pinker– quiere sustituir la cultura por fenómenos naturales, como si éstos "dictaran" las diferencias (o considerar la cultura como otro objeto natural). Se encuentre uno, de cualquier lengua, en donde se encuentre, distinguirá arriba / abajo y delante / detrás, independientemente de *cómo lo exprese, de cómo lo signifique*. En cuanto seres humanos, todos tenemos la misma inteligencia y todos percibimos lo mismo en el mundo natural, pero esa inteligencia y esa percepción se significa de maneras diferentes en cada lengua, de acuerdo con las experiencias que cada sociedad, cada cultura, encuentre relevantes para su propia existencia. Es eso, precisamente, lo que afirmaban Humboldt, Sapir y Whorf (1956). No es que el "lenguaje determine el pensamiento", sino que el lenguaje *construye y significa* el pensamiento de los seres humanos de manera diferente, de acuerdo con su experiencia histórica y su cultura.

Pinker interviene tratando de abundar en lo afirmado por McWhorter cuando afirma que "hay lenguas que no le dan mucha importancia a la izquierda y a la derecha", y que tal distinción sólo se ha producido entre las que tienen escritura. Es verdad que la distinción no es tan determinante como las anteriores, pero no depende de la escritura, sino de

la observación de los latidos del corazón, del hecho de que la mayoría de los seres humanos son diestros y, finalmente, de la interpretación cultural de esos fenómenos; de tomar en serio su afirmación, resultaría que la mayoría de las lenguas, que no tienen escritura, no podrían distinguir la derecha de la izquierda.

Según Pinker, todas estas diferencias en las maneras de significar la aprehensión del mundo “son accidentes históricos congelados” y es “básicamente imposible hacer una correlación con la cultura”. Como se puede ver en los ejemplos anteriores, tanto la historia como la cultura –y es imposible separar una de la otra– son las que definen la capacidad de cada comunidad lingüística para significar su aprehensión de la experiencia del mundo. Me da la impresión de que, en el fondo, ni Pinker ni McWhorter (ni Shapiro) se han planteado tanto la diversidad de las lenguas como la profundidad de la significación; que para ellos el pensamiento organiza *a priori* por completo la aprehensión y que su manifestación lingüística es completamente accidental y sin consecuencias; por eso Pinker afirma que “la mente no puede operar con una lengua particular como medio interno” y que “el lenguaje del pensamiento no puede ser el inglés, francés, saramaka o japonés”. Me alegro de que no piense que “el lenguaje del pensamiento” pueda ser el inglés, pues es lo último que nos falta en estas épocas trumpianas, pero tal parece que, como su maestro Chomsky, cree que hay una “gramática profunda” y una “estructura lógica de la mente” similares a los “lenguajes de máquina” de las computadoras frente a los “lenguajes de alto nivel” con que las manipulamos (lo que llevó a Chomsky a proponer, entre la estructura profunda y la superficial, sus “reglas de transformación”). Sin duda hay una facultad del lenguaje genéticamente heredada en el ser humano, pero tal facultad se *construye* desde la inteligencia y con la intervención determinante, definitiva, de la cultura en la historia de las comunidades humanas.

Tengo todavía algunas críticas a esa parte de la entrevista que omitiré, pero hay una afirmación de McWhorter realmente asombrosa, que no voy a desperdiciar, sobre todo si dice que estudia lenguas criollas: “Lo que más me molesta de la hipótesis Sapir-Whorf es que yo estudio lenguas criollas, que son lenguas completamente nuevas que se crean *donde no hay lenguaje*” (yo subrayo). ¡Caramba! Las lenguas criollas, como el papiamentu de Curaçao, el créole de Haití, etcétera, son lenguas que se formaron por la mezcla de varias lenguas africanas, el portugués, el español, el holandés y el francés (el criollo neomelanesio mediante una lengua de esas islas, el inglés y más tarde el alemán). No “se crearon de la nada”; no es que los esclavos africanos traídos a las Antillas no hayan tenido lengua ni que fueran de otra especie prehumana o mudos, sino que la relación entre los amos europeos y los esclavos, definida por el racismo, les impedía a los africanos seguir hablando sus propias lenguas y, a la vez, no les facilitaba el aprendizaje de las lenguas europeas, lo que dio origen a una lenta formación de nuevas lenguas, que han podido estabilizarse después de que las islas alcanzaron cierta independencia. Un ejemplo de la evolución de las lenguas por necesidades de adaptación y significación de la aprehensión del mundo lo ofrece el propio McWhorter, quien comenta que, en el inglés estadounidense actual, *you guys* está pasando a incorporarse al paradigma de los pronombres personales como significación de la segunda persona del plural (ustedes), debido a la necesidad que sienten muchos de sus hablantes de especificar la diferencia

entre singular y plural, que no se manifiesta en *you* (y no es que en inglés “no puedan” significar ‘ustedes’). En criollo neomelanesio apareció por eso la forma *yufella* (seguramente procedente de *you fellows*): no surgió de la nada, sino de la necesidad de esa comunidad de distinguir el número; incluso *yufella* como segunda persona del plural exclusiva, y *yumifella* como segunda persona del plural inclusiva. En latín hay la distinción entre *nos*, segunda persona del plural inclusivo, y *nos alteros*, segunda persona del plural exclusiva (una distinción que se manifiesta, en el español castellano, en la manera en que distinguen *vosotros* de *ustedes*); en la evolución del latín hacia el español fue esa última el origen de *nosotros*. El pensamiento se construye y se manifiesta con la lengua y toda lengua es cultura.

BIBLIOGRAFÍA

- HUMBOLDT, Wilhelm von. 1968. *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss über die geistige Entwicklung des Menschen Geschlechts*. Bonn: Dümmler.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo. “Cosmogonía y geometría cósmica en Mesoamérica. Introducción”, *Arqueología Mexicana* edición especial 83, pp. 10-11
- MCWHORTER, John, Steven PINKER y Jay SHAPIRO. 1 febrero 2019. “El lenguaje no determina el pensamiento”, *Letras Libres* 242, en <www.letraslibres.com/espana-mexico/revista/el-lenguaje-no-determina-el-pensamiento> .
- WHORF Benjamin Lee y John B. CARROLL (ed.). 1956. *Language, thought, and reality; selected writings of Benjamin Lee Whorf*. Cambridge: Massachusetts Institute of Technology Press.